

## CAPITULO XXVI.

### BATALLA DE VICÁLVARO.

El 29 de junio formó toda la guarnicion de Madrid en el Prado en órden de batalla, y no tardaron en presentarse en carretela descubierta la reina, el rey y la princesa de Asturias.

Mientras doña Isabel II revistaba las tropas, varios agentes del ministerio repartian con profusion entre la multitud una proclama calumniosa, llena de insultos contra los generales sublevados, para probar que su principal objeto se dirigia á derribar el trono, y de esta falsedad evidenciada por todas las alocuciones de los insurrectos, trataron los señores ministros de eludir la responsabilidad haciendo aparecer al pié de semejante calumnia la firma sola de la reina, como para dar á entender, que el pensamiento dominante de la proclama en cuestion era esclusivo de S. M.

El trono fué siempre un parapeto á cuya sombra cometian los polacos todo género de tropelías y desafueros.

Para comprobacion de nuestro aserto bastará poner ante los ojos de nuestros lectores la esposicion siguiente:

«SEÑORA: Los generales, brigadieres, coroneles y demás gefes que suscriben, fieles súbditos de V. M., llegan á los piés del trono y con profunda veneracion exponen: Que defendieron siempre el augusto trono de V. M. á costa de su sangre, y ven hoy con dolor que vuestros ministros responsables, exentos de moralidad y de espíritu de justicia, huellan las leyes y aniquilan una nacion harto empobrecida, creando al propio tiempo con el ejemplo de sus actos una funesta escuela de corrupcion para todas las clases del Estado.

Tiempo ha, señora, que los pueblos gimen bajo la mas dura administracion, sin que se respete por los consejeros responsables de V. M. un solo artículo de la Constitucion: lejos de esto se les vé persiguiendo con crueldad á los hombres que mayores servicios han prestado á la causa de V. M. y las leyes, solo por haber emitido su voto con lealtad y franqueza en los cuerpos colegisladores.

La prensa, esa institucion encargada de discutir los actos administrativos y de derramar luz en todas las clases, se halla encadenada, y sus mas ilustres representantes ahogan su voz en el destierro los unos, y los otros, protegidos por alguna mano amiga, viven ocultos y llenos de privaciones, para librarse de la bárbara persecucion que esos hombres improvisados han resuelto contra todos.

Los gastos públicos, que tantas lágrimas y tanto sudor cuestan al infeliz contribuyente, se aumentan cada dia y á cada hora, sin que nada baste para saciar la sed de oro que á esos hombres domina; así, mientras ellos aseguran su porvenir con tantas y tan



repetidas exacciones, los contribuyentes ven desaparecer el resto de sus modestas fortunas.

Mas no para aquí, señora, la rapacidad y desbordamiento de los ministros responsables; llevan aun mas allá la venalidad y ambicion.

No han concedido ninguna línea de ferro-carril algo importanté sin que hayan percibido antes alguna crecida subvencion: no han despachado ningun espediente, sea este de interés general ó privado, sin que hayan tomado para sí alguna suma; y hasta los destinos públicos se han vendido de la manera mas vergonzosa.

No ha sido tampoco el ejército el que menos humillaciones ha recibido; generales de todas graduaciones, hombres encanecidos en la honrosa carrera de las armas, que tantas veces han peleado en favor de su reina, viven en destierros injustificables; haciéndoles apurar allí hasta el último resto del sufrimiento, y presentándoles á los ojos de V. M. como enemigos de su trono.

Tantos desmanes, señora, tanta arbitrariedad, tan inauditos abusos, tanta dilapidacion, era imposible que á leales españoles se hiciera soportable por mas tiempo; y por eso hemos saltado á defender incolumes el trono de V. M., la Constitucion de la monarquía que hemos jurado guardar, y los intereses de la nacion en fin.

Esa es nuestra bandera, por ella verteremos nuestra sangre, como otras veces lo hemos hecho, si el actual ministerio se empeña en sostener una lucha en que toda la ilegalidad, todo el crimen y hasta toda la sangre que pueda verterse serán suyos y por causa de ellos: y de lo cual en su dia el pais les exigirá estrecha cuenta.

Por eso, señora, acudimos al excelso trono de V. M. suplicándola se digne tomar en consideracion quanto dejamos respetuosamente espuesto, y que en su virtud se digne V. M. relevar á esos

hombres del elevado cargo de consejeros de la corona, sustituyéndoles con otros que llenen las necesidades del pais y abran las Cortes, á la par que suspendan la cobranza del anticipo forzoso que hoy se ejecuta.

Tales, son, señora, los deseos de la nacion, que no dudamos atenderá V. M. como reina y como madre, que tantas pruebas tiene dadas de su augusta bondad en favor de una patria y de un ejército que defendió á V. M. desde la cuna con las vidas de sus hijos y de sus compañeros de armas.

Guardé Dios dilatados años la importante vida de V. M.—Alcalá de Henares 28 de junio de 1854.—Leopoldo O'Donnell.—Domingo Dulce.—Antonio Ros de Olano.—Felix María de Messina.—Rafael de Echagüe.—Joaquin Fitor.—Eugenio Muñoz.—Antonio Garrigó.—Ignacio Plana.—Juan Gallardon.—Ventura Fontan.—Juan Moriarty.—José Serrano.—José María de Morcillo.—Rufó de Rueda.—Felipe Ginover de Espinar.—Joaquin Marin.—Ramon Figueroa.—Vicente Serantes.—José de Chinchilla.—Antonio de Yesty.—Enrique Sanz.—Juan Cuenca Diaz.—Manuel María Gomez.—Domingo Verdugo y Massieu.—Enrique del Pozo.—Antonio Sagues.—Francisco de Ustaris.—Fernando María Ruano.—Blas de Villate.»

Pero volviendo á la revista que habia pasado la reina á la guarnicion de Madrid, tenia por objeto una gran solemnidad.

Tratábase de premiar la fidelidad á los desmanes de la polonia, y como sucediese que un oficial y un cabo estorbasen que su regimiento, que era el de Estremadura, hubiese marchado con los que siguieron al valiente Dulce, condecoró la reina con su propia mano á los dos héroes precitados, desde cuyo acto... creerán mis lectores



que se salvó la situación; pero no fué así, porque todo el mundo se reía de aquella régia pompa, y el desarrollo de la insurrección tomó desde entonces proporciones colosales.

El ejército libertador ocupaba el 30 las llanuras de Vicálvaro y aunque estaba escaso de infantería y carecía completamente de artillería, era acudillado por ilustres y denodados generales, y los soldados sentíanse animados por el entusiasmo de los que pelean en defensa de la libertad.

Alentado el gobierno por la superioridad de sus fuerzas numéricas, trató de hacer un alarde de su firmeza y de los medios de que aun podía disponer.

Contaba, en efecto, con mucha mas tropa y de todas armas; pero tropa sin deseos ni voluntad de batirse contra sus hermanos de armas.

La Guardia civil era la que inspiraba mas confianza al gobierno, y siete generales, entre los cuales se distinguia el ministro de la Guerra, andaban y venian y se cruzaban en todas direcciones con cierto aire de insolencia, como si tratáran de imponer y avasallar á un pais recién conquistado.

El pueblo les miraba con ira, y bastó su actitud sombría y amenazante para que desplegasen por do quiera ese lujo de aparatos guerreros que suelen ser las mas veces el emblema del espanto de que se hallan poseidos los opresores.

Arrastraron cañones por las calles varios pelotones de artilleros con la mecha encendida, y se colocaron en todas las avenidas de la morada de la duquesa de Riánsares.

El gobierno conocia perfectamente que el principal objeto de la ira popular era aquel palacio donde la codicia cortesana habia cometido toda especie de iniquidades, aquel taller horrible de vejá-

menes contra el pueblo, aquel templo de la inmoralidad, donde el *Becerro de oro* era el único ídolo que merecía los impuros incienso del crimen.

Situado O'Donnell en Vicálvaro, pueblo que dista una legua de Madrid, pasó revista á los brillantes escuadrones que componian su principal fuerza, y estuvo aguardando á la guarnición de Madrid sufriendo los rigores del sol en uno de los dias mas sofocantes de la canícula.

Con el objeto de ver si las tropas de Madrid hacian algun movimiento que revelase hostilidad ó deseos de unirse á los pronunciados, confió O'Donnell á Pozo, segundo gefe de Estado Mayor de infantería, la comision de hacer una descubierta con una seccion del escuadron de cazadores de Granada mandada por el capitán Poyales y otra de Almansa bajo las órdenes del subteniente don Ramon Colchero.

A poco rato recibió seguramente aviso el general en gefe de que se divisaba alguna fuerza, pues dispuso que avanzasen otras dos secciones de Almansa con las miras de cubrir los flancos.

A las once de la mañana mandó que don Fernando Suarez de Villapardierna, capitán de Almansa, saliera al frente de las dos secciones restantes del escuadron con el objeto de observar los movimientos del enemigo, y prestar apoyo á los puntos que pudieran necesitarlo. Empezaron estas secciones su marcha en direccion al arroyo Abroñigal, y allí encontraron á los cazadores y lanceros que anteriormente habian salido á las órdenes del coronel Pozo.

A medio dia eran ya bastantes las fuerzas enemigas que sobre la línea se hallaban, si bien no habian avanzado aun mas que las guerrillas que llegaron á colocarse á corta distancia de sus contrarios sin romper el fuego.



Las tropas del gobierno, acaudilladas por el general Blaser, ministro de la Guerra, se componían de 4500 infantes, 500 caballos y 20 piezas de artillería.

Marcaron por fin un movimiento de avance, si bien con lentitud, lo que se participó al general en jefe, y á las cuatro de la tarde avanzó una guerrilla de carabineros con ánimo de arrojar de su posición á los cazadores de Granada.

Entonces mandó el coronel Pozo que la seccion de Almansa mandada por Colchero diese una carga á dicha guerrilla, y se ejecutó con tan impetuoso denuedo, que la obligaron á retirarse precipitadamente; mas como la Guardia civil protegía á los carabineros y era sostenida por un escuadron de Villaviciosa, cargó á la seccion de Almansa, que fué defendida á su vez por el capitán Suarez de Villapadierna al frente de otra seccion del mismo cuerpo que hizo retroceder á la Guardia civil.

Replegó sus fuerzas el capitán Suarez por disposicion del coronel Pozo, y unidas á otras que habia conducido al sitio de la lucha el capitán de Almansa don Mariano Elazaga, formaron dos escuadrones escasos y emprendieron la retirada por escalones, con la intencion de atraerse á otro terreno al enemigo y dar lugar á que la division se aprestase al combate.

Colocó el enemigo en posición sus baterías y rompió un nutridísimo fuego de fusil y de artillería contra las guerrillas y escalones, con lo cual ni siquiera consiguió hacerles acelerar la marcha.

El coronel Planas, jefe de Estado Mayor de caballería, que acababa de llegar acompañado del comandante don Ramon Figueroa y el teniente coronel de Almansa don Juan Moriarty, previno al capitán Suarez de Villapadierna se arrojára de flanco sobre la artillería con un escuadron á fin de rebasarlas y cortar la retirada,

lo que se ejecutó con la prontitud y bizarría que tan peligroso movimiento requiere, yendo á la cabeza los citados gefes y capitán entre un diluvio de proyectiles mortíferos.

Merece ser aquí consignado el que á pesar de que en la marcha por secciones habian caído entre la columna varias granadas, no esperimentó la evolucion mas alteraciones que las que naturalmente producian las bajas sin que un solo soldado se separase del sitio que en la hilera ó formacion le correspondia.

Solo con esta serenidad é impavidez rebasaron aquellos valientes al enemigo y lograron colocarse á su retaguardia.

Creyendo el general Dulce que esta fuerza estaba comprometida, puesto á la cabeza del primer escuadron del Príncipe que acaudillaba su bizarro capitán don Manuel Reyes, dió una carga en la cual fué herido este valiente capitán, y le siguió el segundo escuadron á las órdenes de don Melchor la Sierra, llegando hasta las mismas piezas de artillería, donde perdió el caballo este último capitán.

Dispuso inmediatamente el intrépido general Dulce que los escuadrones de Almansa mandados por los capitanes Elezaga y Chinchilla cargasen á la artillería de frente el uno y el otro por el flanco, con objeto de arrojarse sobre la caballería enemiga, lo que consiguió arrollando la de la Guardia civil que sostenia la infantería; pero un escuadron de Villaviciosa, y cuando mas se lisonjeaba de alcanzar una completa victoria, vióse cortado y arrollado por otro escuadron del Príncipe que mandaba el capitán don Federico Soria de Santa Cruz, y acaudillando la carga el teniente coronel don Blas de Villate, hizo cuarenta prisioneros, entre ellos tres oficiales incluso el porta-estandarte, y todos dijeron que se pasaban; pero los tres oficiales se fugaron luego desde Vicálvaro.



Los valientes de Farnesio con su digno coronel don Antonio María Garrigó al frente, dieron la segunda carga á la artillería con tanto arrojo que la rebasaron al momento, pereciendo en esta carga el denodado capitán Letamendi, el del regimiento de carabineros del Rey, Povil, y gravemente heridos el capitán Castañeda, el subteniente Mercadal y el mismo coronel Garrigó, que cayó dentro de los mismos cuadros enemigos con su caballo acribillado de balazos.

Dieron igualmente sus cargas con inaudita intrepidez el teniente coronel don Juan Cuero Diaz y los capitanes don Fernando Fraire, don Salvador Casanova y don Domingo Busquet.

También cargaron con denuedo el regimiento de Borbon, el de Santiago y Escuela, y con una serenidad heroica, siempre bajo el fuego de las baterías, sostuvieron los movimientos de Farnesio, Almansa y Príncipe de caballería.

El regimiento del Príncipe de infantería, cuya ansiedad por batirse en vano trataba el general en jefe de refrenar, receloso de que la metralla diezmasa la poca fuerza de á pié con que contaba, desplegó entusiasmado sus guerrillas al frente del enemigo, y avanzando el brigadier Echagüe agitando un pañuelo blanco en la mano, fué recibido con una descarga de que resultaron heridos el comandante Morcillo y el jefe de Estado Mayor Caballero.

Emprendieron por fin su retirada las tropas del gobierno y el general en jefe del ejército libertador dejó únicamente en el campo dos secciones para reconocerlo.

Estaba cubierto de caballos.

La pérdida no fué, sin embargo, de tanta consideración como debía temerse de las atrevidas cargas practicadas contra las baterías que vomitaban la muerte por veinte bocas.

Cien hombres escasos fueron los que quedaron fuera de comba-

te, contándose entre los que perecieron, el capitán de carabineros del regimiento del Rey, Povil, y el bizarro Letamendi, á quien hallaron en el campo del honor completamente destrozado por la metralla.

Entre los heridos se contaban el coronel Garrigó, el comandante Morcillo, el jefe de Estado Mayor Caballero, los capitanes Reyes y Castañeda y el subteniente Mercadal que murió en Madrid después de haber sufrido con serena resignación la amputación de una pierna.

El triunfo del ejército libertador pudo, sin embargo, ser tan completo, que si O'Donnell hubiera seguido á Blaser cuando precipitadamente emprendió la retirada, hubiérase fácilmente apoderado de Madrid; pero el temor de que esto produjera un espectáculo sangriento, que siempre trató de evitar, le contuvo sin duda y renunció á unos laureles que hubieran sido empapados en sangre española.

No hubo pues verdadero triunfo para ninguno de los bandos beligerantes, y ambos se proclamaban vencedores.

Demasiada se habia vertido por la frenética ceguedad de un ministerio que moria rabioso y estaba á la sazón sediento de sangre como lo habia estado de oro hasta entonces.

¡Con cuánto desprecio miran los magnates ambiciosos la sangre del infeliz soldado!

¿Qué le importaba á Cristina (y decimos Cristina, porque á sus mandatos y caprichos estaban sujetos los hombres que á la sazón ocupaban el poder) qué le importaba á esta señora italiana, que los soldados españoles se matasen unos á otros, si de este modo lograba prolongar una situación agonizante?

Pero se equivocaba solemnemente.



Aquellos alardes de poder, lejos de sofocar la insurreccion, exasperaban los ánimos, y añadían combustibles á los amagos de general conflagracion.

Ambos ejércitos beligerantes habian emprendido su retirada, cuando creyendo la division *polaca* ser acometida por sus valientes adversarios, entró en Madrid en el mas desordenado y vergonzoso tropel; pero apenas los siete generales se vieron dentro de Madrid, procuraron disimular una fuga que el pueblo habia presenciado, que los soldados mismos confesaban ponderando y elogiando el valor de sus intrépidos enemigos.

El gobierno tuvo no obstante la inaudita avilantez de anunciarse vencedor, segun se desprende de los chavacanos partes que para vergüenza suya vamos á poner en cotejo de la verídica y digna relacion de O'Donnell.



## CAPITULO XXVII.

### TODOS VENCEDORES.

La relacion de O'Donnell estaba concebida en los decorosos términos siguientes:

«Puesta en marcha la division desde Alcalá á las tres y media de la mañana, y después de un pequeño descanso en Torrejon de Ardoz, se dirigió por el puente de Viveros sobre Coslada y Vicálvaro á la vista de la capital.

Las tropas se alojaron en este último punto hasta mediodia, hora en que habiendo avisado los puestos avanzados la aproximacion de fuerzas de Madrid, se formó la division en actitud de esperarlas.

Aviso sucesivo de la retirada de dichas fuerzas y su nueva aproximacion, repetido por tres veces, impulsó al general en gefe á avanzar en columnas hasta darles vista para obrar segun aconsejasen las circunstancias.